

De tropiezos y retornos

Blas Matamoro

El tiempo, porque se lo supone eterno, prescinde de divisiones y clases. Los seres humanos, porque somos efímeros, pasamos por él, nos preocupamos por pasar el tiempo, por acotarlo, encuadrarlo, fijarle relevos y metas, comienzos y finales. Al tiempo nada le importa que un siglo y un milenio terminen y otros empiecen. A nosotros sí, porque damos por terminado un capítulo indeseable de nuestra memoria y podemos creer que otro mejor comienza. Para muchos de los actuales habitantes de este planeta, el siglo XX será, inevitablemente, *nuestro* siglo. El adjetivo es impropio, pues nuestro también será el siguiente. Pero así como se dice, con absurda y entusiasta decisión, «en mis tiempos» o «Dios mío», se enuncia aquella exagerada definición de propiedad.

¿Nuestro porque nos hemos apropiado de él o al revés, porque somos su patrimonio ineluctable? ¿Nuestro porque nos identificamos con su legado de sucesos o porque ya son pasado, ya no nos inquietan con las incertidumbres que proponían cuando eran presente? ¿Nuestro porque no tendremos otro, porque el siguiente será el siglo de los otros? Tal vez sean estas oscilaciones de la perplejidad las que definan la historia del siglo XX, o una de las tantas historias que autorizan a contar sus eventos, sus días, sus noches, sus horas, ya para siempre enumeradas por el archivo del tiempo histórico.

Quizá, por su premura y abigarramiento, ningún siglo propuso tantas alternativas aparentes y desmentidas por su propio desarrollo. Yendo a lo más dramático y desazonante, porque ha sido el siglo que registró las mayores catástrofes debidas a la conducta de los hombres. Las mayores matanzas, las mayores destrucciones de objetos, ciudades, países, conjuntos de sociedades, imperios. A la vez, apuntó los más altos índices de desarrollo y la más profunda transformación de la sociedad humana, la que se puede encerrar entre dos fechas: de 1945 a 1975.

El siglo de Verdún, Hiroshima y Nagasaki, Auschwitz y Vietnam es, al mismo tiempo, el de mayor arraigo de la vida humana en la tierra. La población del mundo es tres veces mayor que la de 1914, cuando empezó la primera guerra mundial. En términos promedio, somos más altos, más

gruesos y más longevos que nuestros abuelos, los que hicieron aquella guerra. Por primera vez en la historia, la mayoría de la humanidad es alfabeta. Sin embargo, seguimos sumando tortura, genocidio, asesinatos masivos. Los condenamos y nos condenamos con ellos, pero continuamos cumpliéndolos. Nos ocultamos para cometerlos, evitamos documentarlos, elaboramos declaraciones puntuales de los derechos humanos. Muy raramente se asiste a un suplicio público, como los que se presenciaban todavía a principios de siglo. ¿Somos moralmente mejores porque hemos ensanchado nuestra mala consciencia, o moralmente peores, porque nos escondemos para alimentarla con nuestros actos? O simple y trágicamente: ¿volvemos a constatar que el mal es irreductible, que su proporción dentro de la vida histórica no varía con los siglos? Más modestamente, diría que el hombre, en el siglo XX, aparte de todo lo que ha incorporado al saber objetivo de la humanidad, si ha aprendido algo es a desconfiar de sus propias virtudes.

Desde, al menos, la paz de Westfalia (1648) consideramos que la guerra es una anomalía y la paz, un espejo de normalidad. Montañas de tratados diplomáticos y sabios volúmenes de derecho internacional público, no obstante, han acompañado una sangrienta constancia de guerras. Para rematar la serie, hemos librado en el siglo que acaba, las mayores de la historia. De hecho, el mundo entero estuvo en guerra desde 1914 hasta 1945, armisticios mediante y endebles. En Verdún y en 1916, dos millones de soldados pelearon para dejar un millón de cadáveres. Una generación de europeos quedó diezmada y mutilada por el conflicto, de un lado y del otro. Los franceses, en el bando vencedor, registraron que cada tres de sus soldados, dos murieron o quedaron inválidos. Pareciera que una civilización se hubiese dedicado, con sus mejores instrumentos técnicos, durante cuatro años, a destruir a sus propias juventudes.

Pero hubo algo más, decididamente alocado, en esa guerra que empezó siendo europea, pasó a grande y acabó en mundial: sus objetivos, al revés que en las guerras de toda la vida (y toda la muerte) fueron ilimitados, de modo que se armó una guerra de extenuación, una apuesta para ver quién perece primero.

Y, por si fuera poco, la segunda guerra mundial mejoró las atrocidades de la precedente. No se sabe a ciencia cierta cuántas vidas costó, pero, al menos tres veces más que la primera. Ciertos países, como la Unión Soviética, Polonia y Yugoslavia, llegaron a perder un quinto de sus poblaciones. Toda una sociedad participó en la guerra, no tan sólo los ejércitos. Por eso fueron guerras mundiales, guerras de todo el mundo humano en guerra.

De los hechos, de los ciegos eventos sin meta ni final, se pasó a la guerra como categoría del cambio histórico. Guerras de liberación, guerras de

redención, guerras de purificación, guerras revolucionarias plantearon al tiempo un hito de renovación a partir de la pureza que rodea a todas las fundaciones. El Che Guevara intentó vanamente convencer a los responsables de la política exterior soviética y china para que formaran un gigantesco Armagedón revolucionario y acabar así con el capitalismo. Mao Zedong confió a Palmiro Togliatti que veía con esperanza una guerra nuclear, que seguramente borraría del mapa a la mayoría de la especie, italianos incluidos, porque liquidaría al sistema capitalista y, finalmente, con uno buenos trescientos millones de chinos bastaba para asegurar la vida de la humanidad.

En ambas guerras fue decisiva la intervención americana. No sólo inclinaron los Estados Unidos la balanza bélica, sino que acaudillaron a los vencedores sin daño ninguno en su propio territorio y, mientras la economía europea era destruida, la guerra se convertía en un excelente negocio para el *Big Brother*, erigido en primer acreedor mundial.

El ombligo del mundo, situado durante siglos en esta ilustre península del Asia Occidental llamada Europa, había cambiado de lugar. Europa o, por mejor decir, el europeísmo, estaba destronado. Poderes políticos, militares, diplomáticos, económicos, técnicos y espirituales pasaban bruscamente de mano. El ocaso del poderoso continente pareció tener hasta una formulación demográfica. En efecto, si en 1750 los europeos sumaban un quinto de la población mundial, en 1900 ya eran un tercio pero en 1990, apenas un 15%, mientras uno de cada cinco seres humanos es chino. Hoy, prácticamente, han desaparecido las colonias, aunque al acabar la primera guerra mundial, un tercio de la humanidad estaba aún colonizada por países de Europa.

Pero ¿fue real el eurocentrismo o resulta una ilusión de la perspectiva histórica? Evidentemente, si Europa es una red de museos y bibliotecas, archivos y vitrinas con medallas, yacimientos arqueológicos y catedrales, sistemas de ideas, derecho romano y urbanismo clásico, nadie dudará de su existencia unitaria. Pero, sin embargo, el núcleo de los conflictos más destructivos de la historia fue, precisamente, lo incompatible de las grandes potencias europeas, la ausencia efectiva de una Europa armonizada y unida. Por paradoja, fue la derrota fáctica de los países europeos, fueran vencedores o vencidos, la que echó las bases para el actual proceso de integración continental. Cuando Europa perdió sus colonias y debió reconstruirse gracias a las ayudas Marshall, cuando estuvo policialmente controlada por la OTAN y el Pacto de Varsovia, pudo imaginar sus mecanismos de unificación, no a partir de ambiciosos planes épicos de señorío ni ideas con respuestas a todos los interrogantes humanos, sino con cálculos indus-

triales y mercantiles, quizá poco lucidos en lo intelectual, pero pacíficos, laboriosos y, finalmente, convivenciales.

Este siglo quizá nuestro es, desde luego, el siglo de las grandes integraciones regionales y una abstracta y deseable, aunque todavía inoperante, comunidad internacional planetaria. Después del armisticio que no paz, de Versalles, se fundó la Sociedad o Liga de las Naciones y se firmó la Convención de Ginebra (1925) sobre derecho de guerra. Pero los Estados Unidos no estaban en aquella Sociedad, que poco y nada pudo hacer ante los atropellos de Manchuria, Etiopía y España, antes de la nueva catástrofe. Las Naciones Unidas, se supone, son hoy gendarmes de la legalidad internacional, pero carecen de tropas que la impongan. El derecho que rige la vida de los Estados sigue siendo primitivo y bárbaro, como quieren Kelsen y Verdross. Hubo una policía mundial durante la guerra fría, la paz atómica, el terror nuclear y la entente EEUU-URSS. Ahora contamos con un solo destacamento policial internacional, que funciona según los intereses de la potencia habilitada. Sólo si existen alianzas regionales como la OTAN, se puede arbitrar alguna intervención más o menos niveladora. Pero somos animales de lenguaje, animales locuaces y elocuentes. Debemos repetirnos hasta la saciedad que la comunidad internacional existe y que acabará de construirse para sofocar las obstinadas brasas que dan lugar a los grandes incendios.

Lo anterior no se basa solamente en un llamado *futurable* y en una generosa concepción del derecho, sino en la internacionalización efectiva de la vida actual. Empresas transnacionales, comunicaciones planetarias al minuto, armas de alcance mundial, migraciones y turismo en proporciones antes desconocidas, marcan algunas de las modificaciones radicales que el siglo XX ha traído e impuesto a la humanidad. La más decisiva es la urbanización del planeta. Por primera vez en la historia, la mitad de los seres humanos vivimos en ciudades, es decir que según Fernand Braudel, existimos en la historia, porque la historia es exclusivamente urbana. Megápolis como México, Nueva York o Tokio tienen el tamaño de un país bien poblado de principios de siglo. En ciertas regiones del mundo el campesinado ha desaparecido en la práctica, porque quienes se dedican a tareas agrícolas viven en núcleos urbanos, con lo que ello significa en cuanto a información (mejor o peor procesada) sobre la vida del resto del mundo, participación (mejor o peor resuelta) en la existencia de grandes contingentes humanos, vida secularizada y tecnificada.

Si se mira en otra perspectiva, en cuanto a la estructura de la sociedad, los dos fines de siglo exhiben enfáticas diversidades. La clase obrera industrial ha disminuido su presencia proporcional a favor del sector servicios

con una situación de clase de difícil definición. Las mujeres, ausentes de la vida productiva, científica y política, hoy integran todos los cuadros de la gestión social. La definición misma de sociedad ha mutado. Cuando el siglo era joven contábamos con sociedades de clases, no sólo porque se sabía a qué tramo de la producción pertenecía cada sujeto, sino porque la división por clases afectaba a los lugares de residencia, las costumbres, los valores, las diversiones y hasta la vestimenta de los individuos. La pertenencia a una clase se heredaba y era un rasgo de identidad de especial fortaleza. Hoy, en cambio, nuestras sociedades tienden a la masificación, los puestos de trabajo son inestables, hay mayor movilidad vertical y se comparte una difusa cultura a cargo de los medios masivos de comunicación. Desde luego, sigue habiendo clases altas y bajas en cuanto a niveles de ingresos y de consumos, pero con una repercusión mucho más débil en el imaginario de los sujetos. Los movimientos sociales y los partidos políticos guardan una lábil identificación con las clásicas divisiones sociales y propenden a ser interclasistas o difuminarse en una suerte de vasta e inafeerable clase media en la que nadie quiere quedarse arrinconado en ningún extremo.

Tampoco hay minorías raciales o sexuales que deban exaltar u ocultar sus diferencias, para defenderse de la exclusión o disimular un rasgo de minusvalía social. Si se dan, como vemos a diario, persecuciones étnicas o grupales de distinta especie, provocan el escándalo, al menos verbal, desde una perspectiva humanista e igualitaria.

Lo que de nuevo trae a nuestras sociedades el siglo que acaba es lo que los sociólogos han dado en llamar *subclase*, constituida por una fluctuante cantidad de sujetos, a veces hasta un tercio de la población, que no encuentran en qué trabajar y quedan fuera de las redes de protección social. No son el clásico *lumpen*, que espera a las puertas de las fábricas ser tomado como obrero y pasar a la clase proletaria, sino aquellos que no intentan formar parte de ninguna clase y, en consecuencia, guardan respecto de la sociedad una distancia infranqueable. La sociedad, por su parte, apenas les señala los barrios marginales o los destina a la cárcel. Y así se ha institucionalizado una marginalidad absoluta, una parte del conjunto humano que, aunque parezca paradójico, no forma parte de la sociedad. Una suerte de humanidad asocial, si se prefiere. En la ciudad pero fuera de la historia, o con una historia paralela y desconectada de la historia general, en contra de la tendencia a la integración que parece triunfar en nuestros días.

Estos contactos entre unos extremos incompatibles podrían ser también signos típicos del siglo en examen. Un proceso vertiginoso de integración ha puesto en contacto a civilizaciones muy dispares y las ha obligado a